Palenque, Chiapas Revista Mensual Junio 2026 Número 95

Escribas

Desde las tierras de Pakal



Sofía Mireles Gavito *Martha Arévalo Osorio, fundadora del Ballet Folklórico de la UNACH*
Martha Robles *De mujeres. Larga historia* **Thelma López** *Crisálida*
Misael Sánchez *El oficio que se resiste a morir*

www.revistaescribas.com.mx


Descubre
Palenque
y vive unas
vacaciones
inolvidables
HotelTulijá
PALENQUE
tulijahotelpalenque.com



CARLOS
MORELOS RODRÍGUEZ
DIPUTADO FEDERAL
CÁMARA DE DIPUTADOS
LXVI LEGISLATURA

El diputado federal Carlos Morelos acudió a reuniones con ejidatarios para apoyar diversas gestorías

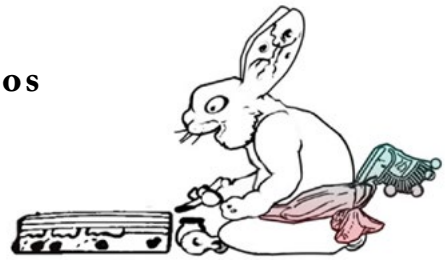


Carlos Morelos Rodríguez, diputado federal por el Distrito I de Chiapas, con cabecera en Palenque, acompañado de la responsable de la Unidad de Vinculación de la secretaría de Turismo del estado en Palenque, Angie Anahí Cabrera Pérez, asistió a una reunión con prestadores de servicios turísticos del ejido Linda Vista. En dicho encuentro hubo intercambio de ideas y propuestas entre los asistentes para el fortalecimiento del sector turístico y las acciones necesarias para impulsar el desarrollo de la comunidad en este rubro. Por otro lado, Morelos Rodríguez sostuvo una reunión de trabajo con el Residente General de la secretaría de Infraestructura, Comunicación y Transporte, de la delegación de Gobierno en Palenque y autoridades ejidales para dar seguimiento al tramo carretero La Placa–Marañón. Se dio a conocer la aprobación del inicio de los trabajos de bacheo profundo aislado y mejoramiento de rodamiento en el entronque Lacandón–Parador El Marañón. Esto propiciará una mejor conectividad y seguridad vial de las comunidades. De esta manera el legislador continúa trabajando en coordinación con las instituciones federales y estatales y con las autoridades ejidales de las comunidades para lograr una mejor conectividad en las vías de comunicación en beneficio de los habitantes de las comunidades de la zona.



En portada:
Laguna en Playas de Catazajá, Chiapas.
Foto S. Vega.

Ingresa a todos nuestros contenidos en línea:



www.revistaescribas.com.mx

https://web.facebook.com/revistaescribas

https://x.com/revistaescribas

2026
Junio
Escribas

EDITOR
Ignacio
Verástegui Alfonso
DIRECTOR
DISEÑO
Juan Pablo
Verástegui García



Una figura emergiendo de un monstruo, junto a un ave con tocado del Dios G3
Justin Kerr K758 http://research.mayavase.com/kerrmaya.html

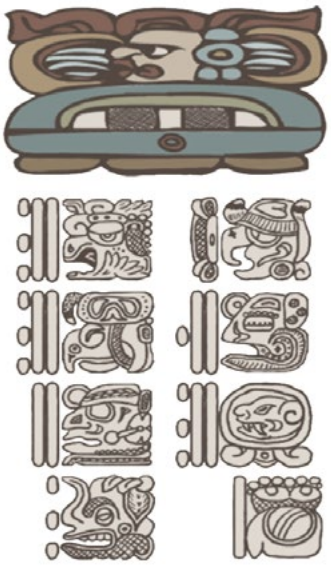
CONTENIDO

04 Martha Arévalo Osorio, fundadora del Ballet Folklórico de la UNACH
Sofía Mireles Gavito

07 De mujeres. Larga historia
Martha Robles

10 Crisálida
Thelma López

14 Fragmentos de "Yo, tú, él y sus cuentos" El oficio que se resiste a morir
Misael Sánchez



Calendario Maya
Primero de junio de 2026
Fecha de Cuenta Larga 13.0.13.11.10 13 baktún 13 X 44.000 días = 1.872.000 días 0 katún 0 X 7.200 días = 0 días 13 tun 13 X 360 días = 4.680 días 11 uinal 11 X 20 días = 220 días 10 k'in 10 X 1 día = 10 días Fecha del Tzolk'in: 13 Ok Fecha del Haab: 3 Sotz' Señor de la Noche: G5. Cualquier día en el calendario gregoriano se puede convertir en uno correspondiente al sistema de calendario maya. Un día, mes y año en particular se puede expresar en una fecha del calendario de Cuenta Larga usando las unidades de tiempo baktún, katún, tun, uinal y k'in junto con las fechas de los calendarios Haab y Tzolk'in. Para mayor información visite Smithsonian Museo Nacional del Indígena Americano en: **https://maya.nmai.si.edu/es/calendario/el-sistema-calendario**

Las opiniones expresadas por los articulistas son independientes y no reflejan necesariamente el punto de vista de Escribas.

Escribas, Desde las tierras de Pakal, es una revista de publicación mensual. **Junio 2026 No. 95** Versión digital disponible www.revistaescribas.com.mx, Editor responsable Ignacio Verástegui Alfonso. Marca con registro ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial. Registro en trámite ante el Instituto Nacional de Derecho de Autor. (ISSN) Domicilio: Nicolas Bravo No. 77 Centro Palenque, Chiapas C.P. 29960. Teléfono 9163480856. Ilustración superior basada en un detalle de la escena de *La vasija de Princeton* -EL conejo escriba- Mas información en: http://artmuseum.princeton.edu/collections/objects/32221



Martha Arévalo Osorio, Coreógrafa, Actriz de Teatro y Escritora

Martha Arévalo Osorio

fundadora del Ballet Folklórico de la UNACH (1930- 2014)



Sofía Mireles Gavito

Nació en la ciudad de México el 18 de julio de 1954. Estudio la licenciatura en Filosofía en la UNAM. Fue la primera Directora de la Casa de la Cultura de Tonalá . Ha escrito. los libros: "Tonalá, su historia y sus costumbres" ; "La Batalla de la Raya de Tonalá 1813" Cronista de la ciudad de Tonalá desde el 2006, miembro de la Asociación de Cronistas del Estado de Chiapas, A.C. y miembro de la Asociación Nacional de Cronistas de Ciudades Mexicanas.

El jueves 21 de agosto del 2014 murió una mujer ejemplar, creadora de los principales bailes folklóricos de Chiapas, fundadora del Ballet Folklórico de la UNACH en 1975; además fue actriz de teatro, actuando en varias obras, como "La Rebelión de los Colgados", dirigida por su esposo Luis Alaminos Guerrero, con la cuál obtuvieron el 1er. Lugar en el X Concurso Nacional del INBA. Otra faceta, de la Profra.

Martha Arévalo es que también fue escritora de cuentos, publicó más de 20 cuentos en las revistas de la UNACH; publicó el libro: "El Soñador y otros cuentos" (1994) Martha Arévalo nació en San Fernando,



Bailable El Torito

Chiapas el 16 de septiembre de 1930. A la edad de 6 años dejó su tierra para residir en la Cd. de México, donde además de realizar sus estudios escolares, se dedicó a las artes, estudiando danza, música y teatro.

Posteriormente, a la muerte de su madre, ocurrida en 1950, su familia y ella viajan para radicar en Nuevo Laredo, donde se sumerge aún más en la danza al dedicarse a la docencia; fue entonces cuando decide regresar a Chiapas, y donde conoce a Luis Alaminos, al tiempo que entra a trabajar como maestra de danza en Bellas Artes en el ICACH (Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas) en 1954 y posteriormente en la UNACH. Creó como 45 danzas folklóricas e investigó como 15 danzas. Las danzas autóctonas sintetizadas y adaptadas a la escena por ella son: Rueda Mame, Poj Kol, La Encamisada, Margaritas, Gorriones o Zu-Zuk-Etzé, Parachicos, Pastorcitos, Venadito, Tigre y Monito, Calabaceado y Tonguy-Etzé.

Entre sus creaciones de tipo mestizo podemos contar los siguientes bailables: El Alcaraván, El Pirí, La Tortuga del Arenal, Palenque, El Cachito y el Rascapetate, La Maruncha, Sones de Ixtapa y Soyaló, Nic-Té, El Jabalí, El Niño Dormido, Caminito y Bolonchón, Ecos del Grijalva, El Llorón, La Tonalteca, El Gallito, Sones Chiapanecos, El Riíto, Zapateado del Padre Rubén, El Pañuelo Rojo, etc.

Veía los bailes, sus actitudes corporales, la manera de sentir de la gente del pueblo; escuchando sus historias, esto fue el motivo de los temas de sus creaciones. En cuanto a la investigación, Arévalo iba junto con un antropólogo, de pueblo en pueblo, buscando danzas.



Bailable El Niño Dormido

La primera danza que hizo fue El Pirí, que surgió tras un pleito en Terán, cuando su esposo y ella fueron a una fiesta popular y a ver actitudes corporales. Platicaba Martha Arévalo:

"…entró una muchacha al baile, con mucho garbo y detrás de ella venía un joven y estaban discutiendo porque ella le pegaba con la punta del rebozo. Por fin la convenció y la marimba tocó y se pusieron a bailar los dos; entonces yo me acerqué a ver cuáles eran los pasos que hacían, pero ella se enojó mucho porque pensó que estaba coqueteando, y me gritó: "y vos que hacés aquí, qué estás mirando", y entonces, se me vino encima y corrí donde estaba mi marido y ya él le explicó".

Así salió el baile: dos mujeres peleándose por el mismo hombre y al final él termina bailando con las dos.

Decía Martha Arévalo, que el bailable donde ella se veía retratada era El Alcaraván: "lo hice especialmente para mí, porque yo soy el alcaraván. Si yo fuera alcaravana, así amaría yo, con esa sensualidad, con ese amor, con esa ternura, si fuera un pájaro alcaraván".

En el aspecto docente fue fundadora de diversas compañías y colaboradora como maestra huésped en cursos de verano para chicanos en la Trinity University de San Antonio, Texas. Fue Jefa del Departamento de Danza en la UNACH.

Recorrió casi todo el país con sus danzas; viajó a Panamá y Guatemala. Trabajó en la residencia oficial "Los Pinos", cerca de 4 meses con la Sra. Esther Zuno de Echeverría, como Maestra del grupo de danza presidencial "Las Palomas". Estuvo 20 años colaborando con Amalia Hernández.



Martha Arévalo Osorio, Coreógrafa, Actriz de Teatro y Escritora (1930-2014)

RECONOCIMIENTOS.

- El 26 de noviembre del 2005, la UNACH le hizo un homenaje por los 30 años de la fundación y trayectoria del Ballet folklórico de la Universidad Autónoma de Chiapas en el Teatro del Pueblo de la Feria Chiapas 2005.
- En mayo de 2013, se le entregó un pergamino por parte de la UNACH en el Auditorio de los Constituyentes por sus 60 años dedicados al arte de la coreografía.
- El pasado 31 de julio del 2014 fue galardonada con la Medalla al Mérito Dancístico "Maestro Marcelo Torreblanca" desarrollado en el marco del XLIII Congreso Nacional de Maestros de Danza que se celebró en la ciudad de Oaxaca.



"La Libertad guiando al pueblo" Eugène Delacroix (1830)

De mujeres. Larga historia



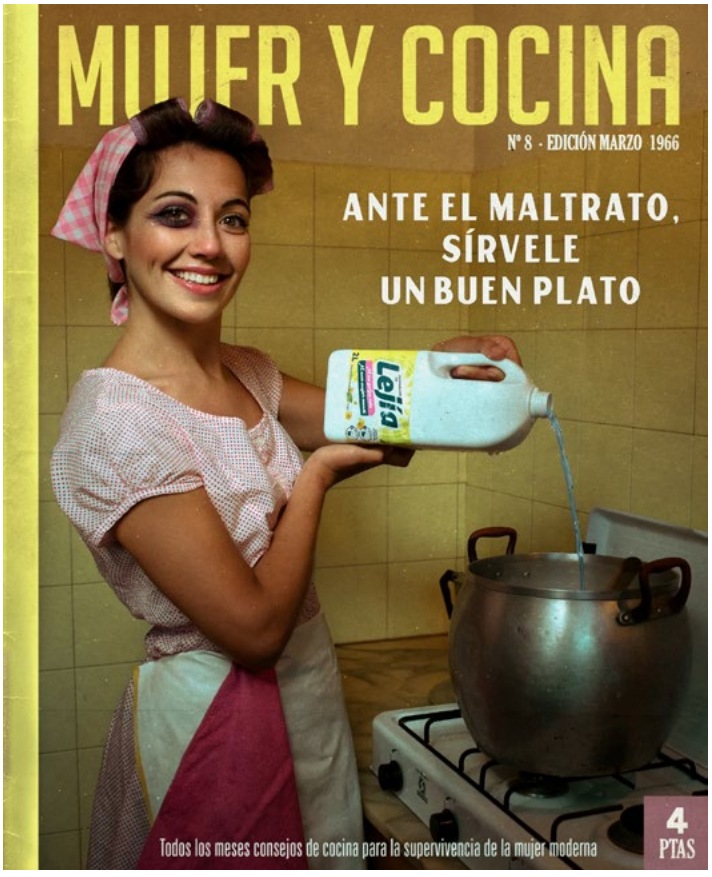
Martha Robles

Nació en Guadalajara, Jalisco. Autora de ensayos, novelas, cuentos y prosas. Licenciada con Mención Honorífica en Sociología por la UNAM; Especializada en Desarrollo Social Urbano por el Instituto de Estudios Sociales de La Haya, Holanda; Maestra en Letras Hispánicas con Mención Honorífica y Medalla Gabino Barreda por la UNAM. Su página digital es: **martharobles.com**

De las sufragistas a Simone de Beauvoir, de Erika Jung al #Me Too y a la ola de protestas por feminicidios, desaparecidas y explotación sexual, los movimientos feministas y femeninos se han diversificado tanto como las múltiples maneras de presionar y expresarse de las nuevas generaciones, que ya no se apoyan en doctrinas ni ideologías para gritar su inconformidad. Sobre tantísimas luchas por los derechos civiles y humanos, que desde los días de nuestros bisabuelos el mundo ha visto triunfar, abandonar o modificarse, las demandas femeninas han sido las más persistentes e inacabadas, desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, al menos en Occidente. Aunque relativa o incipiente en numerosísimos países, la equidad ha avanzado con el capitalismo y los procesos democráticos

que, mal que bien, van garantizando derechos y libertades. Ni pensar en las abismales distancias que hay en las teocracias y en regímenes cerrados, donde la fusión de fundamentalismo, ignorancia, represión y barbarie impone costumbres tan infernales como la mutilación genital, el uso forzado de burka o del hiyab, el confinamiento, la sumisión a los privilegios masculinos y la negación absoluta de todo, empezando por el derecho a pensar, educarse y expresarse.

A pesar de la conquista de espacios antes vedados en el arte, la ciencia, la economía, la política y la cultura en general, la globalización, la mercadotecnia, la tecnología y el monetarismo han traído consigo nuevas formas de supeditación y desigualdad al través del consumismo, el yoísmo y la proliferación de "modelos de ser mujer", distintivos del siglo XXI. La manipulación directa



Cartel por Asiria Alvarez
https://x.com/asiria_alvarez?s=20

e indirecta se ejerce con efectividad al través de las redes sociales y del consumismo para homologar fobias y filias, empezando por las maneras de ser, parecer, vestirse, comportarse, comer e inclusive expresarse, lo que nos somete a la presión de otro fenómeno enajenante: el repudio generalizado a la individualidad y al envejecimiento. Obligadas a depender de lo aparente, se nos fuerza a repudiar nuestros cuerpos con sus imperfecciones. En suma, hay que homogeneizarse ante el temor a ser repudiadas por singulares y distintas. Tomando en cuenta que no me refiero a la pavorosa situación de mujeres, homosexuales y niños en los fundamentalismos y en dictaduras y comunidades intolerantes, la cuestión sexual ha dejado de ser prioridad en las corrientes feministas. Los temas que comprometen el aborto, la libertad sexual, las uniones libres, los modelos familiares y cuanto fuera tema de acoso, repudio y persecución en el pasado, se ha limitado a debate moralista entre conservadores y liberales: algo impensable, por electivo según las creencias de cada quién, en generaciones tan cercanas como la de nuestras madres, que ni siquiera tuvieron acceso a la píldora anticonceptiva.

Tratándose de controlar, la imaginación masculina y masculinizada ha sido inabarcable al limitar el desarrollo personal y colectivo de las mujeres. Tiempo de paradojas, tenemos libertades anheladas por nuestras antepasadas: somos profesionistas, publicamos, protestamos, decidimos cómo, dónde y qué de la maternidad y nuestras relaciones; y lo mejor: las emancipadas somos autosuficientes, inclusive económicamente; ¡ah!, pero los escenarios de exigencia van acompañados de expectativas y estándares restrictivos para sobresalir o confinarse a tono con la imagen que debemos cultivar según la edad y condición. Hay que acatar el dictado a riesgo de exclusión, sin desatender el aspecto

"emocional", ya regulado por la industria de la autoayuda, el mercado de las terapias y los lenguajes en boga que, lejos de disminuirlas, aumentan las cargas que debemos sobrellevar. La cuestión de la emancipación -eje de los feminismos de ayer, basados en la equidad y la libertad de elegir-, conlleva muchas contradicciones. Las tecnologías digitales han sido invaluables para desenmascarar agresiones y abusos, así como para publicar denuncias y visibilizar problemas históricamente silenciados. Por internet se divulgan protestas, ideas, movimientos y cualquier cantidad de opiniones. Sin embargo, tan liberador como represor, es también el instrumento de cosificación y tortura psicológica por excelencia, así como divulgador de mentiras, vicios de pederastas y tanta violencia que a diario nos enteramos de niñas y adolescentes que son utilizadas, fotografiadas, engañadas y expuestas de forma tan brutal que algunas prefieren el suicidio al no soportar sufrimiento causado.

La realidad, por consiguiente, ha conseguido sobreponerse a las reivindicaciones antes apoyadas por doctrinas e ideologías. Me refiero a los feminicidios, la trata de personas, la desaparición de mujeres y niñas ante una insoportable impunidad por parte de los gobiernos. Por todo lo anterior, debemos pensar que el peso de lo real impone la justicia al alegato de la equidad de nuestras mayores. Es obvio que la cuestión femenina no debe ni puede considerarse un bloque homogéneo. Las demandas y presiones se miden en la actualidad de acuerdo a nuestra situación personal y social, pero persisten las reivindicaciones generales respecto de las causas intocadas de la discriminación por razones económicas, religiosas, culturales y sociales. Para decirlo de una vez: la libertad debe equitativa y ser equivalente a la seguridad.



Cartel por Asiria Alvarez
https://x.com/asiria_alvarez?s=20

No basta conquistar derechos en lo general porque estos no valen de nada sin transformar la conciencia colectiva: de ahí la gravedad de que en México se haya vulnerado de manera tan lastimosa el Poder Judicial en primer término y no se diga la educación pública. La mujer del siglo XXI debe ser libre, instruida y segura. El desafío feminista: vivir sin miedo. Hacer valer el respeto y las oportunidades vitales para todas. Ser persona, con la dignidad que solo se consigue en una verdadera democracia: tales son ideales no doctrinarios que en México se ven tan lejanos como la superficie de Marte.

Junio 12, 2026



¿Alguna vez has deseado ser alguien más?
Thelma López.

Crisálida



Thelma López

Nació en Tapachula. Estudió Contaduría Pública y un Postgrado en Administración de Organizaciones en la Universidad Autónoma de Chiapas. Laboró durante 28 años en la Administración Pública Federal. Su trabajo como escritora ha sido publicado en los periódicos, El Sol del Soconusco y Noticias de Chiapas. Forma parte de los colectivos "Tejedoras de vida", "Fraternidad Literaria bajo el Palo de Mango", y "Latino Escritores".

Una noche antes, la calle estaba repleta de granizo. Hoy el teléfono móvil suena a las cuatro de la mañana. En Santa María sopla la bruma helada al amanecer; el clima gélido hace vibrar las paredes junto a mis huesos, los cuales se niegan a levantarse. Adormilada me pongo en pie; la noche fue breve. Anhelaría seguir durmiendo, disfrutando el abrigo bajo la colcha gastada con un tigre dibujado en ella.

Me llamo Crisálida, soy alta y delgada, un cabello negro profundo; tengo las pestañas de una princesa azteca, o al menos eso es lo que creo. Llevo diez pulseras de hilo en las muñecas. Debo parecerme al fantasma del padre que no está, esa figura que a veces me gusta imaginar; la fantasía me produce sombras que me atraviesan, impulsándome a querer volar y transformarme en algo diferente a lo que soy.

En la estantería frente a la cama se encuentra el uniforme: un abrigo grueso y tenis. Ella ya me ganó; fríe tacos, suenan, chisporrotean en el aceite humeante como si fueran gotas de lluvia que caen sobre la lámina en verano. La saludo cordialmente al tiempo que asomo los ojos.

—Buenos días, "jefa".—No contesta; simplemente dirige una sonrisa entrecortada. Me apresuro a vestirme para ayudarla a rellenar los termos con té dulce sabor a canela; la cocina se llena con un aroma exquisito, la ventana tiembla, gotea el hielo que se acumuló por el rocío de la madrugada.

Un atuendo de color verde; al verme en el espejo, parezco una enfermera o médica, pero no…

Ambas limpiamos viviendas. No busco "La cabeza de mi padre" como el libro de Alma Delia Murillo; yo no lo conocí. Alicia se rehúsa a comentar sobre el acontecimiento; la respeto, la admiro; no tengo otro refugio seguro más que ella. ¡mamá!

Sus manos son tersas, regordetas; se parecen a las almohadillas en las patas del señor perro, que en realidad es nuestro gato.

En ocasiones se pinta las uñas; su color predilecto es el rosa. Se hace una coleta en el cabello; todos los días aplica crema a su piel, llenando su cuerpo con aroma aterciopelado. Es bajita de estatura, con un carácter bien plantado, llista para enfrentarse al mundo; ella nunca asistió a la escuela. En su rostro hay una cicatriz producto de una infancia rota a manos de su progenitora.

Al iniciar en la primaria, me cortaron el cabello muy corto. El estilo en el pelo se llevó a cabo para resguardarme de los malandros. Me encantó; siempre me he sentido diferente; sensaciones sin palabras, palabras sin sentido; aunque nunca he podido expresarlo, creo que



ella lo sabe. Guardo mis preferencias como caja de Pandora, temerosa de abrirla y que los males nos aquejen; me ahoga el silencio.

A temprana edad aprendí a utilizar la llave de la casa; ella salía a las cuatro en punto por la mañana para ir a su trabajo. En el pasado, Panchita, que en aquel entonces era una señora cincuentona, emergía bajo el fulgor del amanecer para despedirme; su boca carmín y sus pestañas postizas parecían no haber descansado durante la noche.

En la época que las enfermedades me aquejaban, pasaba la jornada con ella; me fascinaba observar sus collares de perlas fantásticas, percibir el olor a calma de su hogar, una sensación ambivalente como el cuerpo de las sirenas. Después, en la adolescencia, durante la menstruación, permanecía en su hogar; me retorcía de dolor sin ánimo de ir a la escuela. En aquellos años deseaba ser completamente añil. Hoy en día, a Francisca los años le han robado sus derechos; al retornar al terminar la jornada,

la visito sin falta; su compañía semeja una cumbia de los “Ángeles Azules”, cálida, alegre; sin guardar un lazo unido a la sangre, ella es la verdadera abuela. La gente del barrio le dice “pu#$” entonces me dan ganas de arrancarles los ojos, retorcerlos sin compasión como trapos, pero me lo guardo, maldito pueblo del nabo.

La verdadera ascendiente vive en la misma colonia; nunca la visitamos. Vieja cabrona, tenemos años sin verla. Cuando nos corrió, yo estaba en el vientre.



Nuestra lindante nos acogió; a ella la colocó en lavanderías, restaurantes, tiendas, hasta que por fin llegó a esa zona lejana donde las baldosas son lindas, los portones imponentes lucen perfectos, soñolientos testigos de un México antiguo.

Llegar al Pedregal de San Ángel es viajar a calzadas empedradas, vegetación abundante que se enreda en las rocas volcánicas, madera tallada.

Recorro todos los días un largo camino, tres horas de distancia entre la realidad y la fantasía. De lunes a viernes, el escenario me abruma; el tren suburbano es un desastre, una bestia con mil extremidades repleta de robos y calamidades, mal olor y oscuridad, atestado; cientos tenemos que usarlo: trabajadores, alumnos, empleadas domésticas, personas mayores, comerciantes, ratas y ganzúas.

La fiesta en nuestra vida es el Zócalo en la ciudad; en domingo es una alegría indescriptible: los edificios antiguos, monumentales y ásperos, con siglos de historia, paredes que me encanta tocar; la bandera altiva se mueve al compás del viento; las chalupas, deliciosas, son picantes y crujientes.

A lo lejos se percibe el grito: ¡Llévelo!, ¡Llévelo!, ambulantes ofrecen sus encantamientos como mercancías. También están los organilleros tocando una melodía a la distancia, acompañados por sus monitos sucios y deshilachados.

Por temporadas, los libros envuelven los atrios de la “Chinampa escondida” con letras majestuosas diferentes como yo.

De regreso a los pensamientos que no descansan, llego a la estación de Copilco. En ese instante, las cosas cambian. El ambiente se transforma por completo. Apenas camino, me siento a salvo: vigilancia en cada esquina.



Levanto la mirada y advierto la luz que se cuela en la copa de los árboles creando imágenes lindas. Diviso a los pájaros con mis oídos.

Llego al destino, el lugar donde laboro; solo está ella, la dueña; es joven y bella. Tiene el pelo castaño claro; su rostro resplandece con pecas naturales. Me cautiva, pero no la miro a la cara. A veces me saluda; otras, parece que se desquita conmigo y no sé por qué…

El interior de la residencia es un sueño: los baños tienen mosaicos laqueados, los armarios iluminados lucen ropa de moda. Los ventanales traslucen la naturaleza y las flores colorean el paisaje en diferentes tonalidades.

Disfruto limpiar el balcón. Allí coloco los libros en una mesa, respiro desde las alturas un aire fresco; las pupilas melancólicas se topan con los pinos verdes, densos, como si la civilización de concreto no hubiera alcanzado esos lugares. Me encanta esa terraza tanto como odio el cuerpo que habito; estoy atrapada en un capullo, inmersa en algo que no deseo ser.

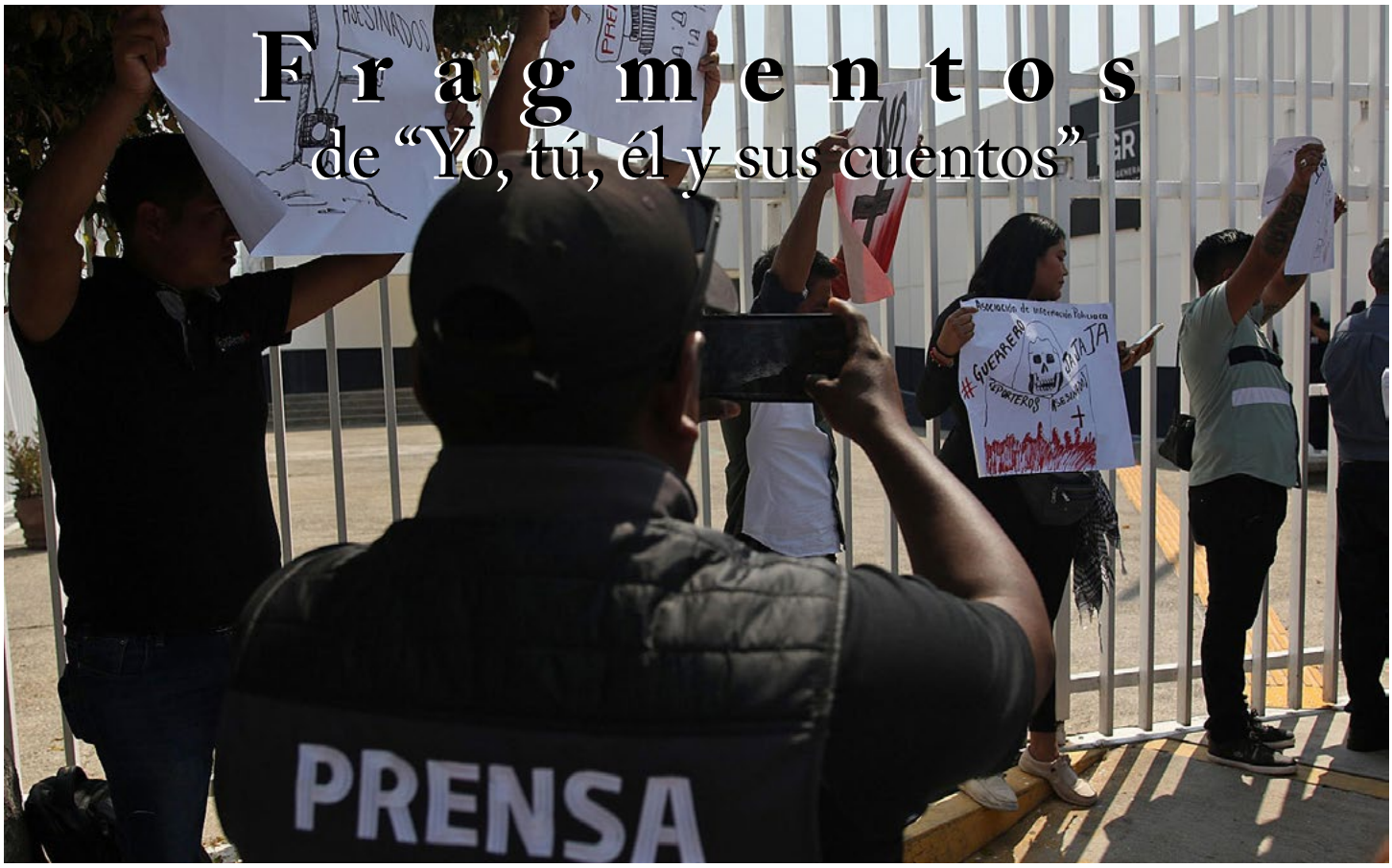
Termino la rutina, desempolvo el corazón. Ojeo la habitación limpia, oliendo a perfume; el efluvio a sándalo llena el ambiente, parece tan masculino.

Las toallas alineadas, suaves; todo luce encantador y brillante.

Finalmente, me seco el sudor, no pierdo de vista la baranda. Recuerdo el ruido del grifo abierto sobre un patio sin pintar cubierto con cascajos.

La llovizna se desliza por la ladera de las mejillas; fijo la mirada; las pestañas me pesan más que todo el universo. Un ovillo de emociones me aprieta el estómago. grito en voz alta.

—¡Hoy es el momento para volar!, me convierto en mariposa…



Fragmentos
de "Yo, tú, él y sus cuentos"

El oficio que se resiste a morir



Misael Sánchez

Periodista oaxaqueño con más de treinta años de experiencia profesional. Experto en crónica y reportaje, es reportero de la Agencia Oaxaca Mx

En algún lugar entre la rutina y la revelación, el periodista vuelve a la calle. No busca una primicia ni un testimonio. Busca algo más antiguo y peligroso: la verdad que aún se mueve bajo la costra de los días. Lo hace con la obstinación de quien ya no espera reconocimiento alguno, pero aún confía en que escribir puede ser una forma de redención.

La ciudad, esa criatura indócil, le devuelve ruido, bocinas, voces que se superponen, vendedores que anuncian el fin del mundo en promociones de temporada. Y, sin embargo, entre ese caos, el reportero encuentra la melodía del oficio. Sabe que toda historia empieza con un murmullo: una palabra dicha a medias, un documento olvidado, un gesto torcido de algún funcionario. Allí, justo allí, comienza la crónica.

No hay romanticismo en esa búsqueda. Hay cansancio, hay desvelo, hay una terquedad que no se enseña en las universidades. El periodismo, lo sabe bien, se ha convertido en una batalla de ecos. Los algoritmos dictan lo que se lee, los jefes de prensa construyen ficciones maquilladas de realidad, los lectores apenas alcanzan a respirar entre titulares. Pero él sigue, como un minero ciego, excavando entre palabras para hallar una chispa de sentido.

A veces duda. Piensa que todo está dicho, que no hay más historias que contar. Hasta que un amanecer lo contradice. Ve a una mujer que amasa pan en la penumbra, a un niño que escribe su nombre con gis sobre un muro derruido, a un anciano que guarda periódicos como si fueran reliquias. Y comprende que el periodismo no está en los medios, sino en la mirada. Que mientras haya alguien que observe con asombro, la historia seguirá respirando.

El oficio ha cambiado. Ya no se escribe sólo con tinta, sino con código binario. Las redacciones se parecen más a call centers que a templos de palabras. Y, sin embargo, en ese ruido eléctrico aún se filtra la voz humana. El periodista se aferra a la escritura como un marinero a su brújula. Sabe que la objetividad no existe, que toda nota lleva una respiración detrás, pero también entiende que la honestidad puede ser la última forma de resistencia.



En ese tránsito incierto, el periodista moderno se convierte, sin proponérselo, en un cartógrafo de la memoria. Recorre los pliegues invisibles del presente, los lugares donde la historia se oxida, los márgenes donde el poder ya no mira. Su trabajo, por más anacrónico que parezca, consiste en recordar lo que los demás prefieren olvidar. Y en hacerlo sin estridencias, sin moralina, sin aplausos.

Porque el periodismo —ese que todavía importa— no pretende redimir al mundo, sino observarlo con dignidad.

El oficio, en el fondo, es un espejo roto. Cada fragmento refleja una parte del tiempo, una esquina del alma colectiva. Y el reportero, con sus manos manchadas de café y madrugada, trata de recomponer el reflejo. A veces lo logra. A veces no. Pero sigue intentando, porque intuir la verdad ya es una forma de verdad.

Hay días en que escribe con furia, como si cada palabra fuera un golpe de resistencia. Otros, en cambio, escribe con la serenidad de quien sabe que no cambiará nada, pero se niega a callar. Lo suyo no es heroísmo, sino persistencia: la fe en que, mientras se escriba, algo del mundo se salva del olvido.

Y si el periodismo es una trinchera, la escritura es su única arma. No para vencer, sino para recordar. Para dejar constancia. Para decirle al futuro que hubo quienes intentaron entender.

En un futuro posible —quizá no tan lejano—, los periódicos ya no circularán en papel. Serán

susurros digitales que se disuelven en la red como humo. Pero alguien, en una habitación anónima, abrirá un archivo antiguo y leerá una crónica escrita por un reportero sin nombre. Sentirá en esas líneas la respiración de una época, el temblor de una voz que no se rindió.

Entonces comprenderá que el periodismo, como los viejos amores o los idiomas muertos, nunca desaparece del todo. Simplemente cambia de piel, se disfraza, muta. Pero siempre vuelve, con la fuerza de los oficios que nacieron para contar lo que duele y lo que ilumina.

Y en ese instante, aunque nadie lo vea, la tinta volverá a moverse bajo la superficie del tiempo.



El número que no existía

Hubo un tiempo en que las teclas eran una frontera. Una hilera metálica entre el pensamiento y la palabra. Quien no las dominaba quedaba condenado al silencio. Pero el silencio también tenía su encanto, y en él se gestaban las historias. En ese territorio ambiguo, entre la letra y el número, entre lo analógico y lo digital, nació una generación de hombres y mujeres que escribieron sin saber que estaban trazando las primeras líneas de una nueva era.

No eran poetas ni ingenieros, aunque algo de ambos llevaban dentro. Les bastaba una máquina que hacía ruido, una cinta de tinta y un papel en blanco para dar forma al mundo. Hasta que llegó el instante en que la máquina cambió de piel. De acero a plástico. De tecla a comando. De ruido a zumbido eléctrico. Y entonces comenzó la era del aprendizaje obligado: la era de quienes tuvieron que domesticar a las primeras computadoras como si fueran animales salvajes del futuro.

Eran tiempos de oficinas donde la modernidad se medía en el tamaño del monitor. Las manos que antes golpeaban teclas como si dictaran sentencias judiciales, ahora temblaban frente a una pantalla azul con letras que parpadeaban sin piedad. Todo debía cuadrar. Los números, los datos, las fórmulas. Y, sin embargo, la vida no cuadraba. Los errores no eran fallas del sistema: eran guiños del destino.

Hubo quienes descubrieron que detrás de cada error de sintaxis había una historia. Una letra que quiso hacerse pasar por número, un número que se negó a obedecer la lógica. Y así, casi sin quererlo, se reveló una verdad antigua: las máquinas no entienden de belleza ni de intuición, solo de precisión. El ser humano, en cambio, escribe con el pulso de la emoción, con el error como parte de su gramática.

Fue entonces cuando algunos, los más tercos, comprendieron que aprender a usar una computadora no era solo dominar un artefacto, sino entender una nueva forma de escribir el mundo. Descubrieron que el conocimiento ya no cabía en los estantes de madera, sino en una caja luminosa capaz de contener bibliotecas enteras. Que el libro y el archivo digital podían convivir, igual que conviven la nostalgia y el progreso.

Y en esa intersección se forjó una nueva humanidad: la de los que aún recuerdan cómo olía el papel carbónico, pero también saben cómo guardar un documento en la nube.

Los que se maravillan ante la posibilidad de llevar consigo, en un dispositivo, todos los libros que un día soñaron leer. Pero también los que sienten, cada vez que teclean, una nostalgia leve, como si en el fondo extrañaran el sonido del golpe de una tecla mecánica.

En ese tránsito de un mundo a otro, las profesiones se transformaron. Los reporteros ya no buscaban solo la primicia, sino el lenguaje preciso para que la verdad sobreviviera a los algoritmos. Las palabras dejaron de ser únicamente tinta y se convirtieron en datos, desplazándose por cables invisibles hacia un lector que podría estar al otro lado del planeta. La información ya no se imprimía, se expandía. Y con ello, cambió también el modo de contar.

Hoy, en medio del ruido digital, quedan rastros de aquellos primeros aprendices. Los que aprendieron con paciencia que una letra mal puesta podía detenerlo todo. Que los errores son, a veces, la forma más honesta de aprender. Y que escribir —ya sea en una máquina Olivetti o en un procesador de texto— sigue siendo un acto profundamente humano, un pulso que resiste, una manera de afirmarse ante la incertidumbre.



El futuro, lo sabían sin saberlo, no iba a ser una línea recta. Era una pantalla parpadeante llena de promesas y trampas. Lo digital no vino a sustituir lo analógico, sino a recordarnos que la memoria no tiene formato. Que todo archivo, por muy moderno que parezca, es apenas una extensión de la voluntad de recordar.

Así, entre teclas, errores y archivos invisibles, la humanidad se hizo escritora de su propio destino. Y comprendió, con la paciencia de quien ha visto pasar varias eras, que no hay número ni algoritmo capaz de sustituir la intuición del que escribe, ni inteligencia artificial que entienda del todo la emoción que se oculta detrás de una letra mal puesta. Porque en el fondo, toda historia —incluso la que se escribe en silencio sobre una pantalla— sigue siendo un intento de descifrar el número que no existía.

El oficio del periodista y sus fantasmas

A veces, el periodismo se parece más a una travesía que a una profesión. Se inicia con una libreta, se sostiene con café soluble y se sobrevive con dignidad. Así lo vivió Rodrigo, reportero de calle, de archivo, de voz y de silencio. Treinta años de oficio, de notas que no siempre salieron firmadas, de exclusivas que nadie quiso publicar, de entrevistas que se hicieron en patios, cocinas y funerales. Nunca fundó un medio, pero estuvo en todos. Nunca tuvo una oficina propia, pero conocía cada rincón del Centro Histórico de Oaxaca como si fuera su redacción.

Rodrigo no era ingenuo. Sabía que el periodismo no se sostiene solo con vocación. Se necesita papel, tinta, servidores, sueldos, tiempo. Y eso cuesta. Por eso, cuando empezaron a llegar las propuestas de mecenazgo, no se sorprendió. Pero tampoco se dejó seducir.

La primera propuesta llegó como llegan las buenas intenciones: sin ruido, sin protocolo, sin promesas. Una familia sin vínculos políticos le ofreció financiar una agencia de noticias durante tres años. Oficina incluida. Reporteros pagados. Corresponsales en las regiones. Rodrigo recorrió el inmueble: un caserón de adobe y ladrillo, con techos altos y ventanas rotas, en la calle de Morelos. Lo imaginó lleno de cables, pantallas, voces. No era un periódico. Era una agencia. Algo que en Oaxaca aún no existía.



Pero no confió. No por desconfianza en la familia, sino en el tiempo. ¿Qué pasaría al cuarto año? ¿Y si la familia cambiaba de opinión? ¿Y si la agencia se convertía en trinchera de intereses? Rodrigo agradeció, pero no aceptó. Siguió escribiendo desde su escritorio prestado.

La segunda propuesta fue más sofisticada. Un empresario de Chiapas lo invitó a desayunar en un hotel de la calzada Porfirio Díaz. Lo acompañaban dos socios que invertían en ganado. Hablaron de fundar un periódico en Oaxaca. Una edición sin nombres chiapanecos. Una inversión que debía rendir frutos en el mediano plazo. Rodrigo escuchó, preguntó, anotó. Le presentaron a un veterinario que sería el enlace editorial. Todo sonaba bien. Demasiado bien.

No confió. No por paranoia, sino por experiencia. Sabía que los periódicos no se fundan con promesas. Se fundan con convicciones. Y las convicciones no se sirven en desayunos. Agradeció, pero no aceptó.

La tercera propuesta llegó desde Veracruz. Una fundación sin vínculos con el gobierno ofrecía "pasar la charola" entre sus socios para financiar el trabajo de varios reporteros en Oaxaca. No habría línea editorial. No habría compromisos. Solo respaldo. Rodrigo escuchó. Le hablaron de empresarios de Tuxtepec, de libertad de expresión, de democracia.

Pero no confió. Porque sabía que la libertad financiada es libertad condicionada. Porque había aprendido que el dinero, aunque venga sin condiciones, siempre trae expectativas. Agradeció, pero no aceptó.

De vez en cuando, un dirigente de una organización no gubernamental le insistía: había que fortalecer la democracia financiando reporteros. Se les incluiría en nóminas sindicales. Serían "comisionados" del sector privado. No habría compromisos. Solo respaldo.

Rodrigo sonrió. Sabía que los comisionados, aunque sean privados, terminan siendo institucionales. Y que la democracia no se fortalece con nóminas, sino con independencia. Agradeció, pero no aceptó.

También llegaron propuestas por redes sociales. Invitaciones a presentar proyectos para mecenazgos. Convocatorias para fundar medios con socios invisibles. Rodrigo leyó, respondió, preguntó. Pero no confió. Porque sabía que los algoritmos no entienden de ética. Y que los likes no pagan sueldos.

Rodrigo sabía que, en España, en Francia, en Argentina, hay mecenas que fundan medios. Que apoyan periodistas. Que financian



investigaciones. Pero también sabía que, al final, todo mecenazgo corre el riesgo de convertirse en patronazgo. Que la línea entre apoyo y control es delgada. Que el periodismo necesita respaldo, pero también autonomía.

Rodrigo, desde su escritorio prestado, aventuró una hipótesis: El mecenazgo periodístico es posible, pero solo si se construye sobre tres pilares: transparencia, pluralidad y temporalidad.

Transparencia para saber quién financia y por qué. Pluralidad para evitar que el medio se convierta en vocero. Y temporalidad para garantizar que el periodista no dependa eternamente del mecenas.

Y propuso algo más: Una plataforma nacional de mecenazgo ético, con reglas claras, auditorías independientes y participación ciudadana. Un espacio donde los ciudadanos puedan apoyar medios sin imponer agendas. Donde los periodistas puedan recibir respaldo sin perder autonomía. Donde el periodismo pueda sobrevivir sin venderse.

Rodrigo sigue escribiendo. No fundó una agencia. No aceptó el periódico. No firmó con la fundación. No se convirtió en comisionado. Pero sigue escribiendo. Porque aprendió que el periodismo no se mide por los medios que fundas, sino por las verdades que sostienes.

Y aunque los mecenas existieron —y quizá aún existan—, él eligió el camino más difícil: el de la independencia. El de la palabra sin dueño. El de la nota sin patrocinador.

Porque en Oaxaca, como en toda tierra que se respeta, el periodismo no se compra. Se ejerce. Aunque duela. Aunque canse. Aunque no rinda frutos. Porque a veces, la verdad es el único salario.

El nuevo rostro del poder

El periodista se llamaba Lobo Montenegro, aunque en sus credenciales aún figuraba como Luis Alberto. En los pasillos de redacción lo apodaban "Lobo" por su mirada de animal herido y su costumbre de fumar sin pausa, como si cada cigarro fuera una tregua con la memoria.

Había cubierto guerras en Centroamérica, negociaciones en La Habana, y funerales de presidentes que nunca gobernaron. Ahora, en su retiro voluntario, se reunía con viejos fantasmas en cafés de provincias, donde el café sabía a tierra y las conversaciones a pólvora mojada.

El cabildero se llamaba Elías Van Doren, holandés de nacimiento, latinoamericano por convicción. Se conocieron en San Salvador, en una cantina donde los periodistas bebían aguardiente y los diplomáticos fingían no entender español. Elías era un hombre de traje arrugado, voz de terciopelo y zapatos que nunca pisaban el mismo país dos veces. Decía trabajar para una fundación, pero nadie sabía cuál. Su especialidad: abrir puertas que nadie sabía que estaban cerradas.



Se encontraron en un café de Oaxaca. Mesa de madera, ventilador roto, y una grabadora encendida que no grababa nada. El Lobo pidió mezcal. Elías pidió silencio.

—¿Sabes lo que pasa cuando la gente no habla? —dijo Elías, encendiendo un cigarro con cerilla—. Se pudren por dentro. La rabia se fermenta. Y luego explota.
—¿Y tú qué haces con eso? —preguntó el Lobo.
—Lo administro. Lo canalizo. Lo convierto en política.

Hablaron de gestión emocional colectiva, aunque nunca usaron el término. Recordaron cómo en Medellín, después de los acuerdos, se abrieron foros para que la gente gritara.

En Guatemala, se organizaron juicios simbólicos en plazas vacías. En Chiapas, los zapatistas crearon círculos de palabra donde el silencio era más elocuente que el discurso.

—La catarsis no es terapia —dijo Elias—. Es estrategia.
—¿Y el dolor?
—El dolor es capital político. Si sabes usarlo, puedes gobernar sin disparar una sola bala.

El Lobo lo miró con la desconfianza de quien ha visto demasiados cadáveres para creer en la paz. Elias sonrió como quien sabe que la verdad no se dice, se insinúa.
—¿Y este nuevo conflicto? —preguntó el Lobo.
—No es nuevo. Es el mismo de siempre. Cambió de máscara.
—¿Y qué hacemos?
—Abrimos las universidades. Las

torres de Babel. Que hablen todos. Que griten. Que lloren. Que se abracen.
—¿Y nosotros?
—Nos sentamos atrás. Observamos. Registramos. Y cuando estén listos, les damos el guion.

La conversación se volvió más extraña. Hablaron de infiltraciones, de encapuchados que eran parte del sistema, de rituales colectivos que parecían carnavales. Elias mencionó un plan de nueve meses. El Lobo pensó en partos. En revoluciones que nacen con fórceps.

—Somos lo que odiamos —dijo Elías, apagando el cigarro en la taza vacía—. Pero si lo hacemos bien, podemos parir otro porvenir. Aunque sea negro.

El Lobo no respondió. Miró la calle. Un grupo de jóvenes pasaba gritando consignas que nadie entendía. Uno llevaba una bota militar. Otro, una máscara de payaso. El cabildero se levantó. Le dejó una carpeta con papeles que no tenían firma.

—Es hora de escribir otra historia —dijo Elías—. Pero esta vez, que la gente la cuente.

Y es que, en tiempos donde la verdad se fragmenta y la historia se repite con nuevos disfraces, la gestión emocional colectiva se ha convertido en una herramienta de poder. No es casualidad que, tras cada conflicto, surjan foros ciudadanos, comisiones de la verdad y rituales simbólicos. No es altruismo. Es cálculo.

Los gobiernos, las organizaciones no gubernamentales y los operadores políticos han comprendido que la emoción es más eficaz que la ideología. La ira, el dolor, la frustración, no se combaten con discursos, sino con espacios. Universidades convertidas en ágoras. Plazas que se transforman en confesionales. Micrófonos abiertos donde la catarsis se vuelve espectáculo. La hipótesis es clara: si se permite que la gente hable, grite, llore, se reduce la violencia. No porque se resuelva el conflicto, sino porque se administra. Se dosifica. Se convierte en narrativa. En memoria oficial.

Los escenarios son múltiples. En Oaxaca, los rituales colectivos se mezclan con la tradición. En Medellín, la reconciliación se negocia entre lágrimas. En Ciudad de México, los debates ciudadanos se transmiten en vivo, como si fueran reality shows. La emoción se institucionaliza. Se convierte en política pública.

Pero hay riesgos. Cuando la catarsis se organiza desde el poder, puede convertirse en simulacro. En válvula de escape que no transforma, sólo contiene. En espectáculo que anestesia. En ritual que perpetúa el conflicto bajo nuevas formas. La recomendación no es evitar la catarsis, sino vigilarla. Que los espacios de palabra no se conviertan en escenografías. Que las comisiones de la verdad no sean comités de olvido. Que la reconciliación no sea una excusa para la impunidad.



La emoción colectiva es poderosa. Puede sanar. Puede unir. Pero también puede manipular. En este nuevo ciclo, donde los conflictos no se nombran, pero se sienten, donde los actores cambian de máscara, pero no de guion, es urgente recuperar la palabra. No como consigna. Sino como herramienta de reconstrucción. Porque si algo nos ha enseñado la historia, es que el silencio no es paz. Es antesala del estallido.

Jueves de Cubilete

Los jueves no eran días cualquiera en la redacción. A las cuatro de la tarde, como si un reloj invisible marcara el fin de la jornada, los teclados cesaban, los teléfonos se silenciaban y las notas quedaban listas, pulidas, entregadas. Carlos cerraba su crónica política con un suspiro. Manuel, que cubría tribunales, guardaba su libreta con la parsimonia de quien sabe que lo mejor del día está por comenzar. Víctor, Jorge, Silvio y Martín hacían lo propio. Ninguno hablaba del cubilete. No hacía falta. Los vasos ya estaban sobre la mesa.

Los primeros golpes secos del cubilete contra el escritorio resonaban como tambores de guerra. No eran dados comunes. Eran cinco cubos de destino, lanzados con la fuerza de la costumbre y la emoción contenida. El juego, heredado de cantinas, abuelos y madrugadas, se había instalado en el corazón de la redacción sin permiso ni protocolo. No era nota roja, pero tenía sus códigos. No era investigación, pero exigía astucia. No era clandestino, pero nadie lo mencionaba al director ni al jefe de información.

El cubilete, ese juego de dados que en México se juega con vasos de cuero o plástico, con reglas que imitan el póker y con combinaciones que van del repóker al full, era más que un pasatiempo. Era una ceremonia. Un rito de paso. Un espacio de resistencia. En cada jugada se apostaba algo más que puntos: se apostaba la memoria, la complicidad, la risa.

Cuando la redacción ya no podía contener la energía de los dados, los seis periodistas abandonaban el edificio sin mirar atrás. La primera parada era siempre la misma: la cueva de Ramón. Un bar escondido entre calles sin nombre, donde el cantinero, vestido como un pirata jubilado, los recibía con cervezas frías, mezcales ardientes y una botana que merecía portada: pescados fritos, carnes jugosas, mariscos frescos, tlayudas crujientes. La mesa, apartada del bullicio, era su santuario. Allí, entre risas y jugadas, el cubilete tomaba forma.

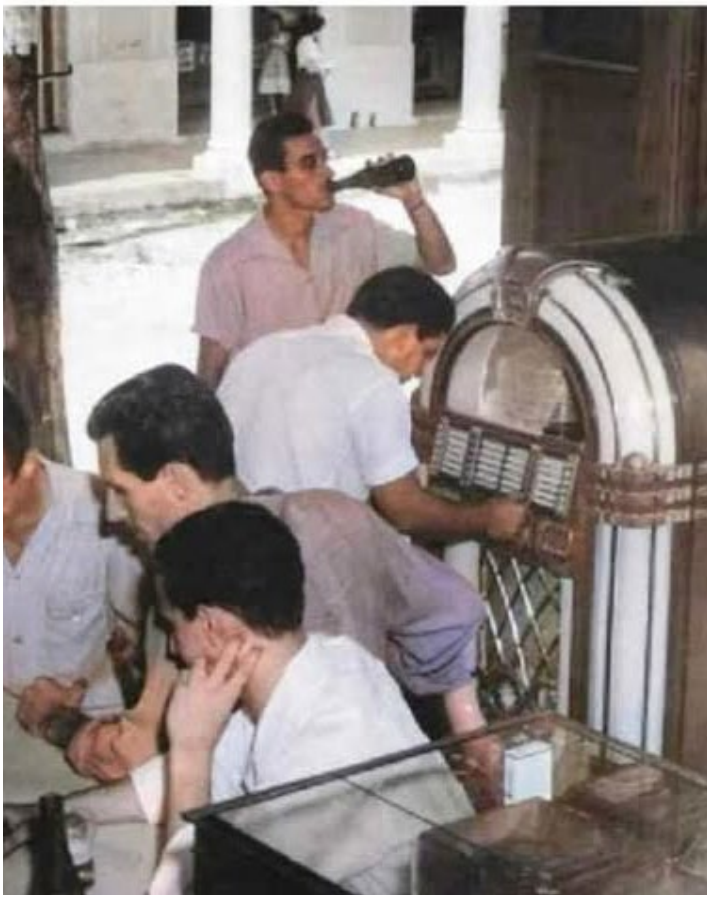
—Repóker de treses —decía Jorge, y los demás se burlaban, sabiendo que mentía. —Full de ases —respondía Silvio, con la mirada de quien ha visto demasiadas audiencias judiciales.



El juego no tenía árbitros. Solo códigos. Quien mentía debía sostener la mirada. Quien dudaba, debía arriesgar. Quien perdía, pagaba la siguiente ronda.

Antes de que la décima cerveza tocara la mesa, el grupo se desplazaba al segundo escenario: un bar elegante, casi italiano, con muebles de madera y luces tenues. Antonio, el barman, los recibía como si fueran diplomáticos en misión secreta. Nuevas botanas, nuevas jugadas, nuevas anécdotas. Martín recordaba una entrevista con un capo que le enseñó a lanzar los dados con el pulgar. Carlos hablaba de un informante que usaba el cubilete como contraseña. El juego, lejos de ser solo entretenimiento, era también herramienta, lenguaje, código.

Cinco cervezas después cruzaban la ciudad como si siguieran una ruta trazada por los dados. Llegaban al bar La Luna, un antiguo casino



reconvertido en espacio de juegos, memorias y secretos. Allí, el cubilete se mezclaba con dominó, ajedrez, cartas y relatos de otros tiempos. Víctor, que cubría cultura, decía que el cubilete era una forma de narrar. Jorge, más escéptico, afirmaba que era solo azar. Pero todos sabían que no era verdad. El cubilete tenía alma.

La noche avanzaba como una crónica sin cierre. El siguiente destino era El Correo, un bar clandestino que solo habría con contraseña. Tocaban la puerta, decían la palabra clave —"repóker"— y el dueño, que juraba tener licencia desde hace 30 años, los dejaba pasar. El lugar, escondido junto a las vías del ferrocarril, era un refugio de periodistas, músicos, poetas y jugadores. La calzada Madero era el último paso. A esas horas, ya casi era medianoche.

El cubilete, como todo juego ritual, tenía su límite. A las doce, los dados se guardaban, los vasos se vaciaban y los periodistas se despedían sin promesas. El viernes sería corto. Tal vez largo. Pero el cubilete había cumplido su misión.

El cubilete no era solo un juego. Era un espejo. Una forma de entender el mundo. Un espacio donde los periodistas, sin ser policías, se movían entre parroquianos, informantes, damiselas, silencios y verdades a medias. Como en sus notas, como en sus fuentes, como en sus vidas.

Y cada jueves, sin falta, los dados volvían a rodar.

Extinción entre mandarinas

La vida es un suspiro. Atraviesa el alma como un viento seco, sin aviso. Un día eres niño, otro día estás cargando un ataúd. Lo vi en el verano del 72. El anciano bajó del autobús, se apeó, como decían en mi pueblo. Le abrieron la puerta trasera y le empujaron un ataúd de madera.

Lo cargó a cuestas. Sin ayuda. Sin ceremonia. Cruzó el alambrado, se internó al cafetal, cruzó la finca y llegó a otra. La de sus hijos. La de él.

No era un ataúd cualquiera. Era de madera nacional, sin barniz, sin herrajes brillosos. De los que se fabrican en serie, con listones de pino y tapa de encaje sencillo. No tenía blonda ni almohada interior. Era un ataúd de pobre. Pero bien hecho. De los que se guardan "por si acaso". Lo subió al tapanco. Lo acomodó entre costales de café y cajas de herramientas. Nadie preguntó. Nadie se atrevió.

En mi pueblo, tener un ataúd en casa no era raro. Era previsión. Como tener sal, machete y veladoras. Pero aquel anciano parecía haberlo traído para algo más. Tal vez pensó en sí mismo. Tal vez en sus hijos. Tal vez en sus nietos. Lo cierto es que no fue él quien lo usó primero.

Empezaron a morir. Por causas diversas. Uno por dengue. Otro por una caída. Otro por una bala perdida. Fue un moridero. El ataúd bajaba del tapanco, se usaba, se limpiaba, se volvía a subir. Como si fuera herramienta. Como si fuera mueble. Como si fuera parte de la casa.

La familia se fue extinguiendo. Los que quedaban levantaron el vuelo. Vendieron la finca. El ranchito. Ahora allí hay una escuela. Los niños juegan donde antes se velaban cuerpos. Donde antes se recogían mandarinas. Porque sí, había muchas mandarinas. Era temporada. Con sus nietos, el anciano iba por ellas. También por los mangos. Era el paso hacia el río.

Años después, investigué sobre ataúdes. No por nostalgia. Por oficio. Descubrí que hay ataúdes de cartón, de metal, de plástico reciclado. Que algunos tienen recubrimientos ecológicos, removibles, decorativos. Que otros se fabrican con madera recuperada, con adhesivos no



tóxicos, con telas biodegradables. Que hay normas técnicas, especificaciones, licitaciones públicas. Que un ataúd puede costar lo mismo que una motocicleta. O menos que una cena.

Conocí a fabricantes. A carpinteros que cortan listones como quien corta silencios. A mujeres que cosen interiores como quien cose recuerdos. A vendedores que ofrecen modelos como quien ofrece destinos. "Este es para adulto mayor. Este para niño. Este para traslado. Este para cremación." Todo tiene nombre. Todo tiene función.

Conocí a familias que compran ataúdes antes de tiempo. Por miedo. Por costumbre. Por economía. Porque en algunos pueblos, si no tienes ataúd, no tienes entierro. Porque en algunas ciudades, si no tienes dinero, no tienes descanso.

Conocí a un hombre que tenía tres ataúdes en su casa. Uno para él. Uno para su esposa. Uno para su perro. "Por si acaso", dijo. Y no era broma. Volví al pueblo. Busqué el tapanco. Ya no existe.

Lo demolieron. Pero en la escuela, en una bodega, encontré una caja vieja. De madera. Sin tapa. Sin herrajes. Sin blonda. Era un ataúd. O lo fue. Nadie lo reclamó. Nadie lo explicó.

Y entendí que los ataúdes no son solo cajas. Son símbolos. Son silencios. Son memoria. Son arquitectura de la despedida. Que hay ataúdes que se usan. Y ataúdes que esperan. Que hay ataúdes que se heredan. Y ataúdes que se olvidan. El anciano del 72 murió. No sé cuándo. No sé cómo. Pero lo imagino. Lo imagino bajando el ataúd del tapanco. Lo imagino limpiándolo. Lo imagino acostándose dentro. No por morbo. Por certeza. Porque hay quienes entienden la muerte como parte del inventario.

Y yo, que nunca cargué un ataúd, que nunca fabriqué uno, que nunca dormí cerca de uno, sigo recordando aquel verano. Las mandarinas. El cafetal. El alambrado. El anciano. El ataúd.

Porque hay historias que no se entierran. Se narran. Aunque ya no quede rastro. Aunque ya no quede generación. Aunque ya no quede tapanco.



Objetos imposibles, túneles vivos y gigantes dormidos en Oaxaca

Oaxaca, 1991. El eclipse total de sol oscureció el Valle Central a las 13:24 horas. La sombra cruzó los cerros como un telón de teatro. En Santa María Atzompa, mientras los niños corrían con espejos y los abuelos encendían veladoras, un artesano llamado Caín descubría el primero de los objetos.

No era barro. No era piedra. Era una cruz de hierro, oxidada en los bordes, con cuatro fragmentos de oro incrustados en el centro. Cada uno de diferente tonalidad: uno rojo, uno blanco, uno negro, uno verde.

La cruz colgaba de una cadena de plata, tejida con una técnica que no reconocía. Caín la encontró enterrada en el horno viejo de su abuelo, junto a una vasija que no era suya. Ni de nadie.

Caín no era arqueólogo. Era ceramista. Pero tenía algo que los expertos no: intuición. Supo que la cruz no era única. Y no se equivocó. En los meses siguientes, aparecieron otros objetos en Mitla, Yagul, Copalita, Guiengola y Huijazoo. Todos con materiales imposibles. Todos con símbolos que no coincidían con ninguna cultura conocida. Todos con una energía que alteraba la brújula, el sueño y la memoria.

En Mitla, un campesino encontró un bastón de obsidiana con inscripciones que parecían moverse bajo la luz. En Yagul, una niña halló un disco de cobre que emitía un zumbido cuando se acercaba al agua. En Copalita, un pescador desenterró una esfera de jade que hacía germinar semillas en segundos. En Guiengola, un anciano descubrió una máscara que cambiaba de expresión según el clima. En Huijazoo, una mujer llamada Efigenia encontró un espejo que mostraba rostros que no eran suyos.

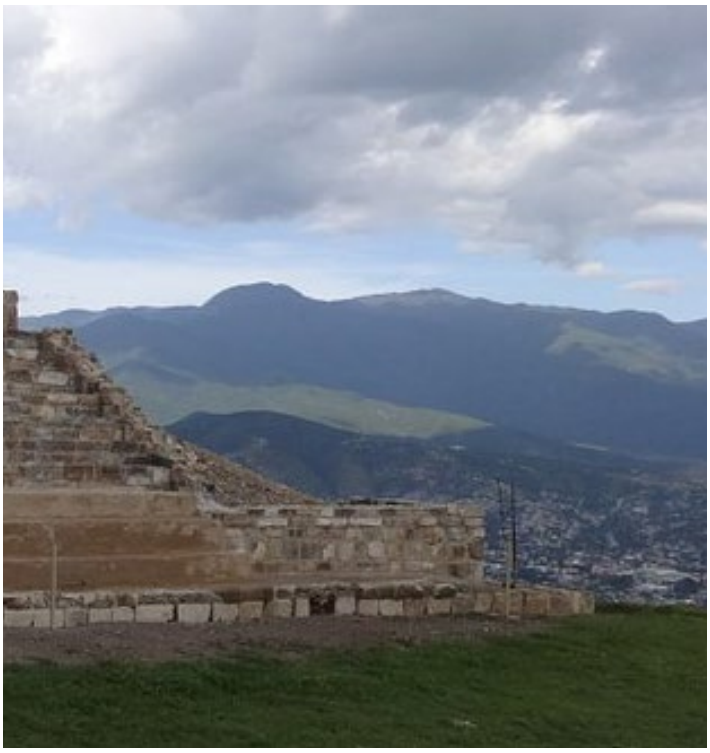
El periodista chileno Sebastián Araya llegó a Oaxaca en octubre de 1991. Venía siguiendo un mapa que había encontrado en la región chatina, donde se hablaba de un tesoro enterrado por los últimos guardianes del Dorado. El mapa señalaba puntos en la Sierra Sur, pero también en el Valle Central. Y todos coincidían con los lugares donde aparecían los objetos.

Araya no creía en milagros. Pero sí en patrones. Y los encontró. Todos los objetos estaban alineados con campos magnéticos que descendían del Cerro del Fortín hasta el río Atoyac. Todos aparecían en fechas cercanas al eclipse. Todos estaban vinculados a relatos antiguos sobre el Rey Condoy, los quetzales y los gigantes.

Los gigantes. En las colinas cercanas a Mitla, arqueólogos independientes empezaron a excavar tumbas que no correspondían a humanos. Fémures de más de un metro. Cráneos con doble cavidad. Mandíbulas que no encajaban en ninguna clasificación. Nadie lo confirmó oficialmente. Pero nadie lo negó.

Y entonces apareció ella. La mujer Lagarto. Nadie sabe su nombre. Nadie sabe su origen. Solo que caminaba descalza, con una túnica verde, y que hablaba con los objetos. Caín la vio en Atzompa. Araya la vio en Guiengola. Efigenia la vio en Huijazoo. Decía que los objetos eran llaves. Que la cruz era un portal. Que el bastón era un código. Que el espejo era una advertencia.

En el centro histórico de Oaxaca, comenzaron a abrirse túneles. No por obra humana. Por presión. Las casas antiguas mostraban grietas que no eran grietas. Eran accesos. Bajo Santo Domingo, bajo San Juan de Dios, bajo la calle de García Vigíl, había pasadizos que conectaban con cámaras selladas. En una de ellas, Araya encontró un mural que mostraba el eclipse de 1991. Pintado en 1783.



La temporada de Muertos 2025 será el punto de inflexión. Lo dicen los astrónomos. Lo dicen los cronistas. Lo dicen los objetos. Porque ese año, los campos magnéticos volverán a activarse. Porque ese año, los túneles volverán a abrirse. Porque ese año, los gigantes podrían despertar.

Caín sigue en Atzompa. Ya no hace cerámica. Hace réplicas. De los objetos. De la cruz. Del bastón. Del disco. Dice que no son reliquias. Son instrucciones. Que cada uno tiene un poder. Que cada uno tiene un propósito. Que cada uno está esperando. Y Araya volvió a Chile. Pero dejó una carta. Dice que el Dorado no está en Sudamérica. Está en Oaxaca. Que los quetzales no vuelan en selvas. Vuelan en túneles. Que el Rey Condoy no murió. Se escondió. Que la mujer Lagarto no es humana. Es memoria.

Porque hay historias que no se escriben. Se desentierran. Y hay objetos que no se explican. Se activan. Y hay eclipses que no oscurecen. Revelan.

Dormir entre sombras

El reportero no tiene gatos. Ni los tuvo ni los tendrá. Lo dice sin pena, sin orgullo, como quien confiesa que nunca aprendió a bailar. En casa de su madre hubo uno, blanco y flaco, que dormía sobre el refrigerador y cazaba cucarachas con la precisión de un francotirador. También hubo dos perros, uno que ladraba a los aviones y otro que se orinaba en las macetas. Pero el gato, ese gato, era otra cosa. No era mascota. Era centinela.

Tal vez por eso los respeta. Porque nunca se le acercaron como los perros, ni lo buscaron como los niños, ni lo siguieron como los lectores. Los gatos lo miraban. Desde lejos. Desde arriba. Desde el tiempo. Y él los estudió. No por cariño. Por necesidad. Porque entendió que los gatos no se domestican. Se interpretan.

Su historia con los felinos tiene una grieta. Un jaguar. Uno real. Uno que vio en la selva, en una caminata de la infancia que casi le cuesta la vida. Nadie ha podido sustituirlo. Ni el gato blanco de su madre. Ni los gatos de sus vecinos. Ni los que merodean su casa. Pero los respeta. Porque sabe que los gatos son más que animales. Son códigos.

Vive en una casa de tejas viejas, con patio de tierra y árboles que no caben en la foto.

Y ahí, cada noche, aparecen. Como veinte gatos. A veces más. A veces menos. Algunos escandalosos. Otros en celo. Otros en silencio. Se posan en los muros, en las ramas, en los techos. No entran. No piden. No se van. Están.

Y él duerme como un ángel. Porque sabe que mientras los gatos vigilan, nada malo puede pasar. Ni ladrones. Ni fantasmas. Ni recuerdos. Porque los gatos no ladran. No avisan. Actúan. Y eso le basta.



Los ha estudiado. Sabe que tienen 32 músculos en cada oreja. Que pueden girarlas 180 grados. Que su oído supera al de los perros. Que su olfato no es tan agudo, pero su memoria olfativa es brutal. Que cazan por instinto, no por hambre. Que prefieren el alimento tibio. Que rechazan lo que huele a medicamento. Que comen solos. Que comen poco. Que comen lento.

Sabe que su lenguaje es sutil. Que una cola erguida es saludo. Que una oreja hacia atrás es advertencia. Que un ronroneo puede ser placer o dolor. Que su mirada fija no es desafío, sino evaluación. Que su silencio no es vacío, sino estrategia.

Sabe que los gatos no obedecen. Colaboran. Que no se entrenan. Se negocian. Que no se castigan. Se persuaden. Que no se imponen. Se respetan.

Y sabe que cuidan la casa más que los perros. Porque no hacen ruido. Porque no se distraen. Porque no se cansan. Porque no necesitan órdenes. Porque detectan lo extraño antes

que lo visible. Porque su territorio es sagrado. Y él, sin tenerlos, vive bajo su protección.

A veces, los vecinos preguntan si los alimenta. Él dice que no. Que ellos se alimentan solos. Que cazan. Que roban. Que sobreviven. Que no necesitan croquetas. Necesitan espacio.

Una noche, uno de los gatos entra. Cruza el umbral. Se posa en la mesa. Lo mira. Él lo mira. No hay miedo. No hay sorpresa. Hay reconocimiento. Como si el jaguar hubiera vuelto. En miniatura. En sombra. En memoria.

Y el reportero, que no tiene gatos, que no los tuvo ni los tendrá, entiende que hay presencias que no se eligen. Se aceptan. Como el silencio. Como la noche. Como el ronroneo que no se oye, pero se siente.

Porque los gatos no son compañía. Son frontera. Entre lo visible y lo invisible. Entre lo doméstico y lo salvaje. Entre lo que se cuenta y lo que se calla.



Y él, que ha contado fracasos, tormentas, crímenes y milagros, duerme tranquilo. Porque afuera hay una veintena de gatos. Y eso, para él, es suficiente.

La taberna de los que regresan

La taberna estaba en una calle sin nombre, cerca del puerto, donde los barcos cargaban más armas que pescado. No era elegante, ni segura, ni limpia. Pero tenía lo que los corresponsales necesitaban: sombra, silencio y whisky barato.

Allí se reunían los que habían visto demasiado. Los que sabían que la guerra no termina cuando se firma. Termina, si acaso, cuando se olvida.

Eran cinco esa noche. El primero en hablar fue Rami, palestino, corresponsal freelance desde los diecisiete. Había cubierto Gaza, Siria, Libia. Tenía una cicatriz en la mejilla y otra en la voz. "La guerra ya no es de los ejércitos", dijo. "Ahora la hacen empresas. Contratan mercenarios, les dan uniforme, les pagan por matar. Y luego dicen que son seguridad privada".

A su lado, estaba Claire, francesa, enviada especial de una cadena que ya no existe. Cubrió Irak en 2003, cuando los tanques entraban por el sur y los helicópteros por el norte. "Vi llegar a los de Blackwater", dijo. "No eran soldados. No eran diplomáticos. Eran otra cosa. Tenían armas, blindados, helicópteros. Pero no tenían reglas. Y eso los hacía más peligrosos que cualquier ejército".

Tomás, colombiano, asentía. Él había estado en Bagdad, en Faluya, en Mosul. "Los vi disparar contra civiles. Vi cómo bloqueaban calles, cómo escoltaban convoyes, cómo respondían con fuego ante cualquier sombra. Y cuando mataban, no había juicio. Solo silencio. Porque no eran militares. Eran contratistas. Y eso los hacía invisibles ante la ley".

Elías, griego, había trabajado para una agencia de noticias que lo mandó a cubrir la reconstrucción de Nueva Orleans tras el huracán. “Allí también estaban”, dijo. “Los mismos uniformes, los mismos rostros. Pero esta vez no en guerra. Esta vez en desastre. Controlaban accesos, vigilaban refugios, patrullaban barrios. Era como si la guerra se hubiera mudado a casa”.



La última en hablar fue Abril, mexicana, fotógrafa. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía, todos escuchaban. “Yo los vi en Afganistán”, dijo. “Vi cómo entrenaban, cómo reclutaban, cómo operaban. No eran improvisados. Tenían manuales, protocolos, simuladores. Eran una empresa. Una empresa para la guerra”.

La taberna se llenó de humo. Afuera, la noche olía a pólvora vieja. Los corresponsales bebían despacio, como quien sabe que cada trago puede ser el último.

Hablaban de contratos millonarios, de privatización de la violencia, de cómo los Estados habían cedido su monopolio de la fuerza a corporaciones con nombres que cambiaban cada año: Blackwater, Xe Services, Academi.

“Ya no hay guerra sin negocio”, dijo Rami. “Y ya no hay negocio sin guerra”. Claire recordó el incidente de la Plaza Nisour, donde diecisiete civiles murieron bajo fuego de contratistas. “Fue una masacre”, dijo. “Y nadie pagó. Porque no eran soldados. Eran empleados”. Tomás habló de los contratos federales, de cómo las empresas militares privadas habían crecido bajo gobiernos que necesitaban resultados sin preguntas. “Subcontratan la guerra”, dijo. “Y luego dicen que no sabían”.

Elías encendió un cigarro. “La guerra ya no se declara”, dijo. “Se factura”. Abril mostró una foto: un convoy blindado, una niña en la esquina, una sombra en la mira. “La tomé en Basora”, dijo. “Nunca la publiqué. Era demasiado real”.

La taberna cerró tarde. Los corresponsales se fueron sin despedirse. Cada uno volvió a su hotel, a su archivo, a su silencio. Sabían que la guerra seguiría. En otro país, con otro nombre, con otra empresa. Pero seguiría.

Porque mientras haya contratos, habrá balas. Y mientras haya balas, habrá corresponsales que las cuenten. Aunque nadie quiera escucharlos. Aunque la taberna sea lo único que les quede.

TORNOS LEÓN

91 6109 5845
99 9183 5074

AV. DOCTOR MANUEL VELASCO SUAREZ

DISTRIBUIDOR AUTORIZADO



CONNERA

SISTEMAS INTERCONECTADOS

PAQUETE 1
1 INVERSOR BEYOND2KM2/1
4 PANELES CONNERA-620BFC
$43,650 MXP

PAQUETE 2
1 INVERSOR BEYOND3KM2/1
6 PANELES CONNERA-620BFC
$54,363 MXP

PAQUETE 3
1 INVERSOR BEYOND5KM2/2
10 PANELES CONNERA-610M
$85,793 MXP



CONNERA

SISTEMAS INTERCONECTADOS

PAQUETE 4
1 INVERSOR BEYOND6KM2/2
12 PANELES CONNERA-620BFC
$96,918 MXP

PAQUETE 5
1 INVERSOR BEYOND8KM2/2
16 PANELES CONNERA-620BFC
$125,903 MXP

PAQUETE 6
1 INVERSOR BEYOND10KM2/2
18 PANELES CONNERA-610M
$138,656 MXP



CONNERA

SISTEMA DE BOMBEO SOLAR

PAQUETE 1
1 MOTOBOMBA KOLOS3-95-75-11
3 PANELES CONNERA-620BFC
$20,000 MXP

PAQUETE 2
1 MOTOBOMBA KOLOS3-123-110-20
4 PANELES CONNERA-620BFC
$24,700 MXP



CONNERA

SISTEMA DE BOMBEO SOLAR

PAQUETE 3
1 MOTOBOMBA KOLOS3-155-130-20
5 PANELES CONNERA-620BFC
$30,000 MXP

PAQUETE 4
1 MOTOBOMBA KOLOS3-180-150-20
6 PANELES CONNERA-620BFC
$33,655 MXP



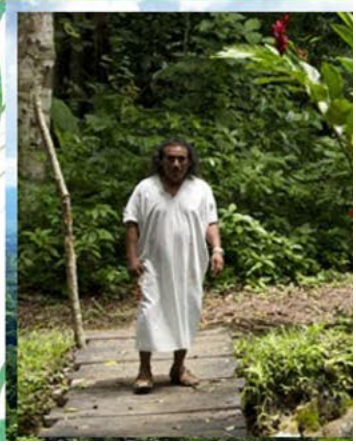


Topche.mx

info@topche.mx

(52)916 101 6959

Lacanja Chansayab, Chiapas, México





HAZ QUE EL MUNDO ESCUCHE

tu talento

LICENCIATURA EN PRODUCCIÓN MUSICAL

SEP
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

RVOE
RECONOCIMIENTO DE VALIDEZ OFICIAL DE ESTUDIOS

SISTEMA ESCOLARIZADO

4 AÑOS
(8 SEMESTRES)

TURNO MATUTINO

CCT: 07PSU0279Q

RVOE: PSU-08/2024

4A ORIENTE NORTE
#410 TUXTLA GTZ, CHIAPAS



Eduardo Ramírez fortalece la conectividad aérea de Chiapas en alianza con Mexicana

El gobernador Eduardo Ramírez Aguilar sostuvo una reunión de trabajo con el director general de Mexicana de Aviación, la aerolínea del Estado mexicano, Leobardo Ávila Bojórquez, con quien coincidió en la importancia de fortalecer la conectividad aérea del estado de Chiapas. Durante el encuentro, se informó que, a partir del 6 de julio, se proyectan cinco vuelos semanales entre el Aeropuerto Internacional Ángel Albino Corzo, de Tuxtla Gutiérrez, y el Aeropuerto Internacional Felipe Ángeles (AIFA), con tarifas accesibles para las y los usuarios. El costo del viaje redondo será desde mil 898 pesos y el sencillo desde 949 pesos, ambos con IVA y TUA incluidos. Asimismo, se detalló que las frecuencias y horarios serán los siguientes: los lunes, miércoles, jueves y viernes, el vuelo AIFA-Tuxtla Gutiérrez saldrá a las 8:50 horas, mientras que la ruta Tuxtla Gutiérrez-AIFA partirá a las 10:50 horas. Los domingos, el vuelo AIFA-Tuxtla Gutiérrez despegará a las 12:30 horas y el de Tuxtla Gutiérrez-AIFA a las 14:30 horas. Los boletos ya se encuentran a la venta y pueden consultarse en el sitio oficial de Mexicana de Aviación. En este contexto, el gobernador destacó que se trata de una alianza comercial de gran relevancia que permitirá incrementar la llegada de visitantes y fortalecer la promoción de las riquezas históricas, culturales y naturales de Chiapas. Señaló que esta nueva conexión aérea impulsará las actividades sociales, económicas y turísticas, generando mayores oportunidades de bienestar para las familias chiapanecas. Por su parte, el director general de Mexicana de Aviación, Leobardo Ávila Bojórquez, anunció que la nueva ruta iniciará operaciones el próximo 6 de julio y aseguró que traerá importantes beneficios para la entidad. Además, explicó que Chiapas se convertirá en el destino con mayor número de frecuencias dentro de la red de la aerolínea, al contar con cinco vuelos semanales, resultado de la alta demanda de pasajeras y pasajeros.

Jorge Cabrera participó en la instalación del Consejo Municipal de Ordenamiento Territorial



Jorge Cabrera Aguilar, presidente municipal de Palenque, participó en la Primera Sesión Ordinaria e Instalación del Consejo Municipal de Ordenamiento Territorial y Desarrollo Urbano de Palenque. En esta sesión se contó con la presencia de Glenda Harper Maza, Directora de Desarrollo Urbano del gobierno del estado, así como de la Síndica municipal Guadalupe Cortés Jiménez, autoridades estatales y municipales, representantes de colegios de profesionistas, instituciones académicas, organismos empresariales y especialistas en materia de ordenamiento territorial y desarrollo urbano, quienes atendieron la convocatoria para formar parte de este órgano de participación y consulta. El Consejo fungirá como un órgano de análisis, consulta y coordinación que permitirá fortalecer la planeación territorial del municipio, promoviendo proyectos y estrategias orientadas al crecimiento urbano, la protección de los recursos naturales, la movilidad sostenible y el aprovechamiento responsable del territorio, siempre en beneficio del desarrollo integral de Palenque y de sus habitantes. En el marco de esta primera sesión ordinaria, se realizó la toma de protesta de las y los integrantes del Consejo Municipal de Ordenamiento Territorial y Desarrollo Urbano, reafirmando el compromiso de construcción de políticas públicas que permitan un crecimiento planificado, sustentable y con visión de futuro para Palenque.

En la cabecera municipal de Palenque se inicia la campaña de bacheo emergente

Con el propósito de mejorar las condiciones de las calles y avenidas en distintos puntos de la ciudad, brindando mayor seguridad y comodidad a quienes transitan diariamente por ellas, el Ayuntamiento de Palenque inició la campaña emergente de bacheo. La dirección de Obras Públicas se encuentra realizando labores de rehabilitación y reparación en diversos sectores estratégicos del municipio, contribuyendo a mejorar la movilidad urbana y reduciendo riesgos para automovilistas, motociclistas, ciclistas y peatones.

IP

El presidente de Palenque inauguró la rehabilitación de una cancha de fútbol 7



El presidente palencano, Jorge Cabrera Aguilar, inauguró la rehabilitación del pasto sintético de la cancha de fútbol 7 del campo Chambajlum. Esta obra contribuirá al desarrollo deportivo y a la sana convivencia de niñas, niños, jóvenes y adultos. Como parte de la inauguración, se llevaron a cabo encuentros de exhibición en las categorías infantil y femenil, en los que se demostró el entusiasmo y la pasión por el fútbol. Cabrera Aguilar refrendó su compromiso de seguir impulsando el deporte y brindar espacios dignos, para seguir formando deportistas y fortaleciendo el talento de las nuevas generaciones. En este evento, el munícipe estuvo acompañado por la Síndica municipal, regidoras del cabildo y funcionarios del Ayuntamiento.

El Ayuntamiento de Palenque adquiere un predio para la Planta de Tratamiento de Aguas Residuales

En la Sala de Cabildo del Ayuntamiento de Palenque, se llevo a cabo la firma de la escritura pública para la adquisición de un predio de 1.5 hectáreas, ubicado junto al Río Chacamax, este espacio permitirá la ampliación del proyecto de la Planta de Tratamiento de Aguas Residuales. La compra se realizó con recursos provenientes del Fondo de Aportaciones para el Fortalecimiento de los Municipios (FORTAMUN) 2026. La ampliación de este proyecto contribuirá a mejorar el tratamiento de las aguas residuales, fortaleciendo la capacidad operativa de la infraestructura existente y generando beneficios directos. Esta acción refleja el compromiso del Ayuntamiento con el crecimiento ordenado del municipio.